

Santiago, 30 de Agosto de 1939.

JENARO PRIETO, POR MAS QUE INVESTIGO, NO PUDO SABER POR QUE PASO AYER DETENIDO OCHO HORAS EN INVESTIGACIONES.-

"Yo soy cliente antiguo de esa casa", nos dijo.

Cree que existe una "patilla" de políticos, semejante a la otra... Fueron horas agradables y bien aprovechadas las que vivió ayer.

Desde las nueve de la mañana hasta las últimas horas de la tarde permaneció en el gimnasio de la Sección de Investigaciones, nuestro redactor, Jenaro Prieto.

-¿Por qué estuvo en tan extraño local? lo interrogamos ayer tarde, cuando un tanto atrasado llegó a asumir su puesto.

-¡Todavía no lo sé!, nos contestó excusándose. Ni al ser detenido ni durante el tiempo que estuve en la Sección, ni al salir, he logrado saber cuál era mi delito. Y sigo con verdadera curiosidad en saberlo. ~~Todo esto lo digo sin dejar de reconocer el buen trato que recibí en la Sección, y el verdadero acierto que se ha tenido en ponerme en libertad, sin decirme ni una palabra!~~

¡Yo soy cliente antiguo de esa casa!

Nos cuenta Jenaro, que alrededor de las 8 de la mañana sube una empleada a decirle a su esposa, que frente a la casa se había situado un auto con numerosos individuos, que parecían agentes. Agrega Jenaro, que veinte minutos después partió en dirección a Investigaciones, convenientemente resguardado por el grupo de agentes. Por el camino trató de saber qué cargos se formulaban en su contra. Le manifestaron que no sabían nada, que creían que iba a ser llamado a declarar por el Prefecto Sagües. Corrigieron luego esta afirmación, diciéndole que quien lo iba a interrogar sería el Prefecto Miranda...

Al llegar a la Sección, Jenaro manifestó, recordando las siete veces que en tiempos de Ibañez, estuvo en esa repartición fiscal:

-Yo soy cliente antiguo de esta casa! Uds. saben que no tengo la mala costumbre de ahorcarme. No me obliguen a sacarme la corbata ni los pasadores de los zapatos.

Su petición fué atendida. Fué el único detenido que llegó con corbata y cuello y zapatos a Investigaciones.

Estaba terminando el allanamiento, cuando la persona que lo hacía reparó que tenía puesto su anillo de compromiso y le pidió que lo entregara.

-Les hice notar -nos cuenta alegremente- que no iban a ganar nada con eso y que, dada mi edad, tampoco yo iba a ganar nada con que me creyeran soltero. Sin embargo, convencido de que se trataba de una cuestión establecida por el reglamento, tuve que acceder de buena gana. No había más que hacer.

Luego de llenar su pipa y encenderla, Jenaro continúa impertérrito:

-Si la sorpresa de mi prisión había sido grande mucho más lo fué encontrarme en el gimnasio de Investigaciones, la mejor sala del establecimiento, con un grupo de "compañeros de complot", de los cuales no conocía personalmente a ninguno, con excepción de don Ramón Zañartu.

-Ahora me explico por qué fuí tomado preso, pensé.

¡Sin duda estoy preso por ibaizta!

Pero instantaneamente recordé, de nuevo, que el señor Ibáñez me había hecho conocer siete veces la Sección de Investigaciones. Y conste que entonces no estuve en ningún gimnasio ni sala elegante, y, sí, algunas veces, en los antiguos calabozos sucios, con unos hoyos diminutos por los que entraba la luz.

Ahora no; estaba entre gente de buen humor. Con harto aire y sol. A ninguno de los otros detenidos les faltaba un chiste o un comentario alegre. En los aplistas había un grupo de partidarios del gobierno del señor Aguirre que era increpado duramente por la otra mitad de aplistas partidarios del señor Ibáñez. Se hacían cuentas alegres: se calculaba que cada detenido contaría por lo menos con unos treinta amigos que en esos momentos se sentirían molestos. Y multiplicaban por 1.000, es decir, los detenidos contaban con 30.000 partidarios que protestarían de nuestra prisión.

También cayó preso un filósofo pesimista.

Porque nunca falta en instantes de dolor el tipo melancólico y desesperado, cuya actitud contrasta con la serenidad de los demás. En esta oportunidad, era un señor que se hacía la siguiente consideración:

Están tomando preso a medio Chile: Si continúa así cayendo la gente, será muy perjudicial para el Gobierno, porque ya no va a poderse gritar: "Todo Chile con Aguirre", sino que "Medio Chile con Aguirre".

Otra cosa curiosa, era que ninguno de los detenidos sabía por qué lo habían detenido y por más que trataban de hacer un examen de conciencia y recapacitar atentamente en lo que habían hecho o dicho, llegaban a ninguna conclusión que les remordiera la conciencia.

Naturalmente, algunos se explicaban la detención del señor Zañartu, por no haber renunciado a tiempo a su puesto, necesario para satisfacer la exigencia de algún "camarada". Y así se lo hicieron notar al mismo señor Zañartu. Pero, insisto, la mayoría -seguramente se trataba de un grupo de descontentos- ninguno podía explicarse por qué se encontraban en un gimnasio de Investigaciones. Recuerdo que don Gabriel Letelier afirmaba: "La causa a que atribuyo mi detención es la más lamentable, porque no tiene compostura alguna: deben haberme traído preso por ser pariente de la esposa del General Ibáñez... Desgraciadamente no hay manera alguna de suprimirse el parentesco".

Una nota novedosa fué la aparición en el gimnasio de don Osvaldo de Castro, que salía recién de una larga incomunicación. Había sido detenido gracias a que Investigaciones, atando y desatando coincidencias, lo había estimado culpable de quizás cuantos complots. Por fortuna, su buena suerte lo ayudó, y había logrado explicar satisfactoriamente cada una de esas coincidencias, por las cuales pasó cuatro largos días incomunicado.

La hora de almuerzo fué muy agradable. Fué un almuerzo apetitoso. Bien servido. Permítanme otra vez, recordando esos momentos, decirles: "Hay un enorme progreso en Investigaciones de hoy, comparado con aquellos días negros y sin comida de los tiempos del señor Ibáñez. ¡Si ahora hasta resulta agradable que lo lleven a uno al gimnasio a almorzar y a conversar con un grupo de detenidos ignorantes, totalmente analfabetos de los complots en que han estado interviniendo en los últimos tiempos!...

Empezaba a obscurecerse, cuando resonó una noticia. El señor Prefecto nos llamaba. Salimos cuatro detenidos rumbo a su oficina: Don Angel Custodio Vicuña, el "Canciller Negro", don Ernesto Silva Román, con quien recuerdo haber tenido algunas polémicas de prensa; el señor García y yo.

Ya habían llegado también noticias a la Sección de que varios diputados, entre ellos los señores Moore y Aldunate, habían protestado de mi situación y que el señor Morales Beltrami había adherido, mientras un grupo grande de amigos hacían gestio-

nes para obtener una relegación más agradable aun que el gimnasio. Les advierto, que aun a esa hora, ninguno de los detenidos sabía el motivo cercano o remoto de su prisión. Creíamos que el señor Prefecto nos iba a aclarar nuestra situación.

El señor Prefecto nos manifestó que el señor Ministro del Interior no quería por ningún motivo que las medidas que se tomaban en uso de las Facultades Extraordinarias, se interpretaran como contrarias a la libertad de prensa, y que, en consecuencia quedábamos desde ese momento en libertad incondicional.

-¿Y qué conclusión ha sacado, Jenaro, de todo esto?

-Una muy sencilla y simple: para caer a la Sección, da lo mismo haber hecho algo o no haberlo hecho. Porque ¿van de saber ustedes que también hay una especie de "patilla" política, de la cual no se jubila a pesar de lo dicho por Vicuña Fuentes cuando afirma que a cierta edad todo conspira a jubilar...

Y Jenaro, tranquilo con su conciencia, reiterándonos sus agradecimientos a las gentilezas y amabilidades con que lo trataron en la Sección de Investigaciones, muy satisfecho y complacido consigo mismo, abandona nuestro diario, rumbo a su casa.

---

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile